

CIENCIA ESCRITA DE TODO EL ARTE HERMÉTICO

Que no ha sido extraída de los libros de otro, sino que ha
sido justificada y probada por experiencia propia;
puesta a la luz, por un filósofo reconocido
como tal, para honor y gloria de los
hijos del Arte, en los Idus
de Septiembre
del año
1720

I

La alquimia es un estudio que imita a la naturaleza y va mucho más lejos que esa sirviente de la divinidad

II

No es la lectura de los libros de filosofía lo que constituye la filosofía, antes bien es la práctica, precedida por los descubrimientos de un amigo fiel que nos demuestra el arte.

III

Nuestro arte es fácil y difícil, muy precioso y vil, según el sujeto que a él se aplica y se aficiona.

IV

Es fácil en tanto y cuanto se conduce conforme a la vía de la simple naturaleza.

V

Pero es difícil en tanto y cuanto nos descubre todos los misterios de esa sabio obrera, haciéndonos confidentes de sus resortes ocultos.

VI

Es muy precioso en relación con aquellos que buscan nuestro arte en las cosas caras y preciosas.

VII

Es vil en tanto saca su origen de una cosa que, si bien no es vil, cuanto menos es muy común.

VIII

La materia de los filósofos es única en esencia y en número, y no depende de muchos sujetos.

IX

No es en el reino astral donde conviene buscar nuestra materia, aunque ella contenga toda la virtud de los astros.

X

Tampoco es entre los elementos, aunque ella los tenga concentrados en sí misma.

XI

Ni mucho menos nos la puede proporcionar el reino animal, aunque ella esté dotada de una alma muy noble.

XII

El reino vegetal no nos puede proporcionar nuestra materia, aunque en ella exista un espíritu vegetal y una virtud mucho más multiplicativa que la de los vegetales.

XIII

Está, en fin, en la última familia de la naturaleza, quiero decir: en el reino mineral, donde es preciso descubrirla, aunque no sea ni oro, ni plata, ni mercurio vivo, ni ningún otro de los otros metales y minerales, mayores o menores, a excepción hecha de eso que los filósofos llaman su Electro Mineral inmaduro, o la Magnesia Filosófica, a la que llaman su Saturno, que en modo alguno es el (Saturno) común y que es incomprensible al ordinario sentido de los químicos vulgares.

XIV

La materia de los filósofos ha de estar cruda, es decir, no ha de haber pasado jamás por el fuego.

XV

Nuestra magnesia es la verdadera y única materia de la piedra filosofal, en nuestra vía universal, que es húmeda y seca.

XVI

La disolución de nuestra materia es, o violenta, o suave, o benigna.

XVII

El fuego de los filósofos, siendo como es el mayor, es también el primero entre sus secretos (ya que es el único conocimiento que distingue al filósofo de los sofistas), es triple: el natural, el sobrenatural y el elemental.

XVIII

El fuego natural es el que hace el azufre de oro de la magnesia.

XIX

El fuego sobrenatural es el menstruo disolvente de los filósofos, que no es corrosivo. Es un fuego no ígneo, una agua no acuosa, un espíritu corporal y un cuerpo espiritual, en una palabra, un fuego frío, cuyo calor lo lleva, sin embargo, sobre el natural y el artificial. Solamente este calor puede disolver radicalmente al oro sin corrosión alguna, hacerlo fusible y potable, que es, entre todas las medicinas y entre todos los remedios, el mejor y el más eficaz.

XX

El fuego elemental es la clave del natural y del sobrenatural.

XXI

El fuego natural es la madre del mercurio de los filósofos; el natural es su padre y el elemental es su nodriza y gobernante.

XXII

El mercurio de los filósofos es simple, o doble, o triple.

XXIII

El simple es la fuente agria de los filósofos, o su Vinagre Filosófico, que es el primer fundamento y el único principio de la piedra, él es quien extrae los azufres de los metales, resolviendo y volatilizándolo sus sales.

XXIV

El doble, que es la tierra foliada filosófica, es un perfume y un Oxocrates muy dulce, una agua que no moja las manos; es, en fin, aquello que los filósofos llaman su Azoth.

XXV

El mercurio triple es la primera materia de los filósofos, que contiene sus tres principios, a saber: la sal, el azufre y mercurio filosóficos, unidos inseparablemente por el ligamen de la conjunción. Ese mercurio es, finalmente, quien se sella herméticamente a sí mismo y esa agua mezclada de fuego.

XXVI

Tenemos cinco disoluciones de nuestra materia:

1. De la materia cruda para extraer de ella el fuego de los filósofos.
2. Con objeto de que ese fuego secreto, después de haber sido extraído, haga aparecer el Fuego Vitriólico no común, sino filosófico, que se llama Plomo de los filósofos.
3. Que ese fuego vitriólico pase por la putrefacción en el caos de los filósofos.
4. Del oro filosófico, por el propio imán mercurial.
5. De la tierra filosófica, a fin de formar de ella el mercurio doble.

XXVII

Aparecen dos putrefacciones: la de nuestro Vitriolo y la de la Tierra Adámica, llamada así por los Filósofos, a fin de preparar con ella la tierra foliada, o mercurio doble.

XXVIII

Los Filósofos no tienen más que un Imán y dos aceros.

XXIX

El mercurio simple de los filósofos es el imán de su azufre.

Por medio de él extraemos el oro de los filósofos que es mucho más precioso que el oro vulgar. También es el Imán de la sal filosófica; es con él que lavamos la tierra filosófica y la hacemos volátil, con objeto de que se junten exactamente y compongan lo que se llama mercurio doble.

XXX

Uno y otro aceros, tanto el sulfuroso como el salino, se han de hacer cocer once veces con el imán mercurial, a fin de que adquieran por medio de esta cohobación reiterada, una naturaleza regenerada muy noble.

XXXI

La volatilización de la tierra filosofica por medio del espíritu del mercurio (a fin de que sea engendrada la sal de los metales, que es la piedra misma) reclama un artista ingenioso, asiduo y paciente.

XXXII

El gran misterio consiste en saber volatilizar la tierra filosófica: sin esa volatilización los restantes trabajos son inútiles y vanos. Los filósofos han sido muy reservados en este punto. Ramón Llull, Basilio Valentín, Teofrasto, Paracelso, Geber, Arnau de Vilanova, Melchor, Michel Sendivogius, el conde Trevisano, Morien y otros muchos han sido muy secretos y muy oscuros y no han descrito el procedimiento más que con diversos jeroglíficos, hablando de él con terminos muy variados. Con respecto a la diversidad de fenómenos que aparecen en esta elaboración, unos le han dado el nombre de, Nitro virgen extraído de la tierra adámica; otros lo han llamado, Días grandes de Salomón; a veces, Campos de Marte; además, Verdor bendito de Venus; en otras ocasiones, Cosecha de hojas y frutos; ocasionalmente, Aceite de talco de los Filósofos; más tarde, Mercurio amalgamado; otras, Masa de perlas listas para coagularse, Masa Estigiana, Mar Glacial; a veces, Luna preñada de Mercurio; y en otras, Diamante filosófico, Tierra foliada, Tártaro de los Filósofos, Maná, Dragón que devora su propia cola. No terminaríamos nunca de citarlos.

XXXIII

La tierra foliada de los filósofos se compone con su propio oro líquido, según el peso de la naturaleza: para entonces ella es primera materia a la cual, si se le proporciona el Fuego graduo filosófico (que los filósofos llaman Aceite de Saturno, o Sello de Hermes) esa tierra será conducida al elixir blanco y rojo; se tiñe y se perfecciona por sus propios elementos, que son el aire y el fuego y se multiplica al infinito.

XXXIV

No hay vía particular que no sea emanada de la fuente universal. No hay que dar crédito, pues, a las fábulas de los sofistas de los tiempos presentes que saben arrancar el dinero de las gentes demasiado crédulas, engañándolos con la esperanza de una futura ganancia que no llegará jamás.

XXXV

Los particulares reales se hacen con el simple espíritu del mercurio de los filósofos, que es solar y lunar, como la piedra de fuego de Basilio Valentín, el aumento del oro y de la plata, el cobre conducido hasta los grados de la perfección. La transmutación del oro y de la plata en una tintura tingente. La maduración del mercurio vivo en plata y en oro, y otros muchos.

XXXVI

El doble mercurio de los filósofos nos proporciona el aceite de talco, llamado por algunos su Gut. Conserva la flor de la juventud hasta la más avanzada vejez. Puede disolver muchas perlas pequeñas para hacer otras más grandes, más hermosas, y con mucho, en calidad y en belleza, que las naturales.

XXXVII

La tintura perfecta, además de la transmutación de los metales, multiplicada al infinito, restablece y fortifica la salud, hace fecundas a las mujeres estériles, transmuta los cristales en piedras preciosas y diamantes, exuberancia a estos últimos en carbunclos y hace maleable al vidrio.

XXXVIII

En una palabra, los misterios de la piedra son tan grandes que a duras penas puede la razón humana concebirlos.

XXXIX

Es así, como dice Hermes, que Dios creó el mundo.

XL

La piedra contiene en ella, finalmente, los secretos, las riquezas, los milagros y las fuerzas de los tres reinos.

El todo proviene de una sola cosa.

Por muy celebre medico o químico que seas, resuélveme, si puedes y si te place, este Silogismo; si no y si me das ocasión, estoy preparado para resolvértelo demostrativamente.

No dudo, señor, de que este programa arrojará a todos los lectores a las experiencias con los minerales, dado que designa ese Electro Mineral inmaduro, como materia de la piedra.

Voy a explicaros lo que los filósofos entienden por su Electro Mineral. Nuestra materia, dicen todos, se encuentra sobre el mar y sobre la tierra y dicen verdad, pero en otro lugar advierten que no puede ser encontrado en ningún lugar del mundo, y no nos engañan.

Por los minerales se entiende cualquier tipo de sales; es esa sal filosófica de la que habla Filaleteo a la que llama primer ser de todas las sales, a la que es preciso hacerla tal, es decir, componerla por medio de un imán atractivo de las virtudes celestes que es el Electro Mineral, apareciendo bajo la forma de un "fray de ranas" (fray de grenouilles). No se han equivocado pues de excluir todos los metales y todos los minerales dado que mineral está formado por el artista de una cosa extraída a partir de una minera, que no es nada menos que las minas ordinarias y esta cosa es el imán de las virtudes celestes; también exclaman: Nuestra materia tiene sus propias mineras.

Lo que también ha engañado a una infinidad de artistas que han trabajado infructuosamente sobre la verdadera materia, es que han tomado el sello de Hermes por un vaso lutado, ya sea con la lámpara de esmaltar o más exactamente, taponado con un lutén; pero yo creo que es necesario que nuestra materia se haga por sí misma un lutén, es decir, que el gusano de seda se encierre por sí mismo en su capullo (Buchère, Amy-Sage, Flamel). Además creo que alguno de los fuegos de los químicos no debe intervenir en la obra, en consecuencia, como atestiguan los filósofos, excluyo todos los fuegos de hornos a viento,

de retorta, de reverbero, de lámpara, de vientre de caballo y me limitaré a su fuego secreto. Pero ¿cual es ese fuego secreto? He aquí la piedra de tropiezo. La materia de la piedra y el fuego secreto han hecho tropezar a una gran cantidad de habilidosos: no ha sido acordado a todos los hombres el poder penetrar en los misterios más sublimes de la naturaleza, entre los que la piedra filosofal ocupa el primer rango.

He leído a todos los autores que tratan de este gran arte, sin poderlos profundizar enteramente. He consultado a quienes que tenían mayor reputación sobre estas materias; no he negligido los manuscritos y confieso que todos los conocimientos que he podido sacar de ellos aún son muy imperfectos. Me pongo, a pesar de todos mis desvelos, en el rango más bajo entre aquellos que los adeptos llaman profanos. Incluso tengo la temeridad de pensar que muchos autores que tienen la reputación de haber operado la gran obra, no la han adquirido más que escribiendo oscuramente y copiando los pasajes de los verdaderos filósofos, en la interpretación de los cuales habían hecho vanos esfuerzos. No es que niegue la posibilidad de la gran obra, por el contrario, estoy convencido de ella. No fuera posible que tantos grandes hombres, que han compuesto tan vastos tratados hayan podido consagrar el más serio estudio de su vida a una quimera, o si hubieran sido arrastrados por una ciega credulidad no leeríamos entre ellos, que hicieron los más auténticos sermones, el tomar por testigos a las cosas más respetables y más sagradas de la verdad que os quieren anunciar.

Reconozco que muchas gentes han sido seducidas por la impostura; convengo que una infinidad de desdichados han tomado impunemente el nombre de filósofos. Seguro es que esos mismos han tenido una buena baza para imponerse a la mayor parte de los hombres en lo que concierne a la transmutación metálica. Todos los químicos vulgares con un poco de experiencia saben, sin ningún género de dudas que desulfurando con corrosivos los dos metales perfectos y arrojando ese azufre sobre una parecida cantidad o peso de mercurio, o metales imperfectos, la transmutación se opera al instante. Sin embargo, la mayor parte de los hombres clama milagro ante experiencias parecidas: las bolsas se abren y el fraudulento alquimista se aprovecha de su simplicidad.

La piedra de los filósofos es de otra naturaleza bien distinta: transmuta los metales sin necesidad de tomar prestados los azufres de los otros metales perfectos y es la soberana medicina para curar los mixtos de los tres reinos.

El fragmento que os acabo de dar es suficiente para dar una idea justa del arte, no menos que para hacer ver aquello que miles de volúmenes han escrito sin orden alguno; en una palabra, una especie de tesis que un señor alemán pretende sostener ante la faz del universo.

Se entrega para el partidario del torneo (tenant du tournoi) y parece invitar a la disputa sobre esta materia a los sabios, a la manera de Alemania, donde se sostienen tesis públicas sobre esta ciencia. Esta pequeña obra ha sido escrita en latín, pero debería ser traducida a todos los tipos de lenguas para bien y comodidad de los hijos del arte que no están letrados.

FINAL